

dice San Agustín (1), los que, según el Apóstol, no tienen sino esta máxima: Comamos, bebamos y gocemos hoy, que mañana moriremos (2). ¡Cuán cierto es, que cuando el hombre llega á lo profundo del mal, todo lo desprecia (3). Y es, Señores, que, como dice Isaías, Dios, en castigo de la sensualidad, infunde en el cáliz de sus placeres un espíritu de sopor (4). Dios castiga al sensual, como castigaban los antiguos á los homicidas: ataban su cuerpo al cadáver de su víctima. Así Dios ata al sensual con la corrupción; y el vapor deletéreo del pecado adormece al hombre, y castiga con un sopor voluntario la inteligencia y el corazón. Desde entonces, ni oye la voz de lo alto, ni siente el remordimiento. Hé aquí por qué para tantos es inútil la religión, inútil el alma de ella, la sagrada Eucaristía.

Tal vez, Señores, en esta descripción encontrareis el retrato de muchos á quienes conocéis: acaso algunos, muchos quizá de vosotros mismos, os reconoceréis diseñados. ¿Sabéis lo que es en sí misma esa indiferencia? En lo que se refiere al conocimiento general de la religión, es un desorden, una violación de las leyes mismas de la naturaleza del hombre. En él hay siempre una pasión que le devora, que le atormenta con una inquietud sublime, y le hace elevarse al cielo y descender al

(1) Tertius dixit: *Uxorem duxi*. Ista est voluptas carnis, quæ multos impedit: utinam foris et non intus. Sunt homines qui dicunt: non est homini bene, nisi cui adsunt carnis deliciae. Ipsi sunt quos notat Apostolus, dicentes: manducemus et bibamus, cras enim moriemur.... Qui hoc dicit, uxorem duxit, carnem amplexatur, carnis voluptatibus jucundatur, à coena excusatur; observet ne fame interiori moriatur. (S. Aug., Serm. 33 de verb. Dom.)

(2) I Corinth. XV, 32.

(3) Prov. XVIII, 3.

(4) Isai. XXIX, 10.

fondo de la tierra, estudiar la magnífica y misteriosa armonía de los astros, y la maravillosa vida del insecto y de la planta, examinar lo presente y revolver las ruinas de lo pasado, y dirigir atrevida mirada al oscuro porvenir. Esta pasión celestial es el deseo de saber, el amor de la verdad; y esta pasión, este deseo tan vehemente é imperioso, no es sino la acción de la naturaleza que lleva á la criatura hácia su Criador; no es sino la acción de la criatura, que siente la necesidad de buscar su principio; no es sino una ley solemnemente intimada al hombre, de conocer á su Autor, su destino y su eternidad. El indiferente, pues, viola esa ley de su inteligencia y de su corazón; y renunciando á su fin esencial, por el mero hecho de negarse á conocerle, desordena todo su ser.

Si la considerais en lo que se refiere á la Religión práctica, y especialmente á su centro y alma, que es la Sagrada Eucaristía, la conducta del indiferentista importa en sí un desprecio de Dios que se acerca al hombre. El Señor dice por boca del Profeta: *Filios enutrevi et exaltavi; illi autem spreverunt me* (1). Es una ingratitud hácia el dador, y hácia el don mismo de un Dios hecho alimento del hombre, para que viva de su propia vida. Es, en fin, una idolatría. El Profeta lo dice también en nombre de Dios: dos males ha hecho mi pueblo: me ha dejado á mí, que soy fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas disipadas ó abiertas, que no pueden contener las aguas (2). La idolatría, según San Pablo, no consiste en la adoración de esta ó la otra divinidad; consiste en la pasión á que el hombre consagra su corazón, como á su principio y fin. La sensualidad, dice, es

(1) Isai. I, 2.

(2) Jerem. II, 13.

una idolatría: el vientre, el cuerpo, los sentidos, hé aquí el ídolo, el Dios del sensual (1). La avaricia es una idolatría; el oro es el Dios del avaro (2). Los que desprecian la Sagrada Eucaristía, tienen esta enfermedad; todos son idólatras. Vedlos de cerca: esa sed de oro, esa sed de placeres, de goces materiales; esa hambre del poder, ese deseo inmoderado de los primeros puestos; esa vida toda material, de negocios, de intrigas, de espectáculos en que el hombre se sumerge todo entero, haciendo de ello su principio y su fin, y el único objeto de su existencia, ¿qué es sino una idolatría? De los antiguos paganos se dijo: todo para ellos era Dios, menos Dios. ¿No puede decirse lo mismo de los modernos idólatras?

¿Cuáles son los efectos de esta indiferencia, de este desprecio? Son espantosos, hermanos míos, en orden al individuo y en orden á la sociedad. En el primero, la muerte del alma. La vida del alma es la verdad; el que desprecia la fe y no quiere alimentarse de ella, se sumerge en el error, en la duda, en la negacion: arrastra una existencia de acaso; se materializa. La vida del alma es el amor: el que no vive del amor esencial, está muerto (3); su nombre, dice el Profeta (4), se escribe en la tierra, y su vida pasa como un sueño; nada de nobleza en sus sentimientos, nada divino en sus aspiraciones; todo en él es miseria, todo tierra, todo muerte del alma. La vida del alma es Dios, que es su principio y su fin: el que desprecia á Dios y se muestra indiferente hácia el augusto Sacramento donde se comunica al hombre, no puede tener vida. Si no comiéreis la carne del Hijo del

(1) Philip. III, 19.

(2) Ephes. V, 5.

(3) I Joann. III, 14.

(4) Jerem. XVII, 13.

hombre, dijo Jesucristo, no tendreis vida en vosotros, no tendreis vida espiritual en el tiempo, no tendreis vida en la eternidad (1). Os juro, dijo el Rey, que de aquellos hombres que me despreciaron y no admitieron mi convite, ninguno gustará mi cena (2).

En el orden social, los efectos no son menos terribles. Jesucristo los anuncia tambien en su parábola. El Rey irritado, envió sus ejércitos y perdió á aquellos hombres, sembrando entre ellos la confusion, y poniendo fuego á su ciudad (3). Sin unidad de ideas, sin elevacion de miras, sin lazo de union, sin esperanza del cielo, sin Dios, el pueblo que se aleja de la Eucaristía no puede menos de ser víctima de sí mismo. La confusion, el desorden, el fuego de la discordia, el incendio de las revoluciones le aniquilarán y acabarán con él. Dios no abandona jamás su accion sobre el mundo: siempre se deja sentir en él, ó por la accion de su misericordia, ó por la de su justicia. Para esta le basta hacer lo que hizo con los pueblos gentiles, á quienes la sociedad moderna imita en su idolatría. Escuchad á San Pablo: «Por cuanto no dieron pruebas de conocer á Dios, los entregó á su réprobo sentido, abandonándolos para que hicieran cosas que no convienen. Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia y de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidad y de chismes, murmuradores, aborrecidos de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fe, sin misericordia. Habiendo conocido la justicia de Dios, no entendieron que los que tales cosas hacen son

(1) Joann. VI, 54.

(2) Luc. XIV, 24.

(3) Matth. XXII, 7.

dignos de muerte, y no solo los que las hacen, sino tambien los que las consienten y toleran á los que las hacen (1).» Decidme, Señores, ¿describe San Pablo el estado de Roma pagana, ó traza el cuadro de la sociedad moderna? Las mismas causas producen iguales efectos. Aquellos hombres, desconociendo á Dios, adoraron la criatura; lo mismo hacen los que se alejan de la Eucaristía. No quieren á Dios, renuncian á Jesucristo, y sin él es preciso que el mundo vuelva al estado que tenia antes de la redencion, y á él precipitadamente camina la sociedad. ¿Quereis detenerla en su carrera de retroceso y salvarla? Ayer lo dije: Volved á Dios, volved á llamar á Jesucristo, cerca está, y dispuesto á escucharos. Vive entre vosotros, en la Eucaristía: uníos á él, alimentaos de él, y vivireis de su vida, y se obrará de nuevo la restauracion de todas las cosas, objeto sublime de su venida al mundo y de su permanencia en ese Sacramento.

Hemos examinado la primera causa que impide el que produzca en la tierra sus frutos de virtud ese árbol divino de la vida: el alejamiento de él en que vive la mayor parte de los hombres. Estudiemos la segunda: entre muchos de los que se acercan á él no produce sus frutos, por el abuso que hacen de la Sagrada Eucaristía.

#### SEGUNDA PARTE.

Muy lejos de mí, amados míos, condenar el uso frecuente de ese manjar del cielo. Yo quisiera, como Jesucristo y su santa Iglesia desean, que todos los fieles per-

(1) Rom. I, 28 ad 32.

severasen unánimes, como los primeros cristianos, en la fraccion del pan (1). Yo quisiera que todos comieran todos los dias ese pan de cada dia, haciéndose dignos de él, como dice San Ambrosio (2). Lejos de mí tambien el querer excluir de la mesa Eucarística á ninguna clase de cristianos verdaderos. Jesucristo en la parábola de las bodas, quiere que entren los pobres, los débiles, los ciegos y los cojos; porque es el Dios de todos, y á todos quiere darse (3). Y en verdad que de todas las clases, y con más ó menos frecuencia, vemos acercarse hombres á la sagrada mesa. Todos ellos comen ese pan de vida, todos ellos reciben ese misterio de fe, ese alimento de la caridad, ese estímulo de la humildad.

¿Cómo es, pues, que en muchos no vemos ni la viveza de la fe, ni la práctica de la humildad, ni el sacrificio de la caridad, ni la vida de Jesucristo? Es, Señores, que no todos se llegan á la sagrada Mesa con las disposiciones necesarias. Recordad la palabra de San Agustín: «El que te ha criado sin ti, no te salvará sin ti (4).» No es defecto del fuego si no prende en el tronco verde ó saturado de agua. Escuchad lo que dice el Evangelio: «Entró el Rey en la sala del convite, y vió á uno que no llevaba vestido de boda, y le dijo: amigo, ¿cómo te has atrevido á entrar sin vestido nupcial? Y aquel hombre

(1) Optaret quidem Sancta Synodus, ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent. (Conc. Trid., Sess. 22, cap. 6.)

(2) Si quotidianus est panis, ¿cur post annum illum sumis? Accipe quotidie, quod quotidie tibi prosit. Sic vive, ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Ambr., de Sacram. lib. 6.)

(3) Luc. XIV, 21.

(4) Qui nos creavit sine nobis, non nos justificat sine nobis. (S. Aug., Sermon. de Verb. Apost. 15, cap. 11.)

enmudeció. Arrojadle, dijo el Rey, arrojadle atado de piés y manos á las tinieblas exteriores (1).» Hé aquí la explicacion del poco ó ningun efecto de la Sagrada Eucaristía en muchos que la reciben. «Hay muchos débiles, dice San Pablo; muchos que duermen en sopor de muerte (2).» En una palabra, hay muchos que comulgan mal, abusan de la Sagrada Comunión. Les falta el vestido nupcial, el vestido de la caridad que anima la fe, el vestido de la gracia y la virtud. Son troncos verdes por la concupiscencia, saturados del agua del pecado; y en ellos, por lo mismo, no puede prender el fuego que Jesucristo trajo á la tierra. Son enfermos por el vicio, cuyos estómagos no pueden sufrir el alimento de los fuertes (3). Quieren unir en su corazón á Jesucristo y á Belial, y esta unión es imposible.

¿De dónde este abuso? ¿De dónde el sacrilegio que impide los efectos de la Sagrada Eucaristía? A una sola pueden reducirse todas las causas: es la hipocresía. Ese homenaje que el vicio rinde á la virtud, vistiéndose de ella en público; esa bajeza del corazón, que conoce el precio de la virtud, sin tener valor para practicarla; esa mentira personificada, que envuelve á un malvado con el manto de un hombre de bien, y oculta un corazón de demonio tras un rostro de ángel. Hé aquí lo que lleva en sí el que se acerca á la sagrada mesa sin las disposiciones necesarias; es un Judas, que con el beso de paz vende al Hijo del hombre.

Esa hipocresía nace de malicia en unos, en otros de

(1) Matth. XXII, 12.

(2) I Corinth. XI, 30.

(3) Sicut enim cibus qui natura vim habet nutriendi, si in stomacho vitio fastidientem inciderit, omnia perdit et corrumpit, ac morbi occasio fit; ita etiam hæc veneranda Mysteria. (S. Joann. Chrysost. Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

respeto humano, de vergüenza. Sin duda que es más horrorosa y criminal la de los primeros, porque es obra del cálculo; es un medio por el cual se busca un fin tal vez inicuo. Se conoce el instintivo aprecio que en todas partes se hace de la virtud; se sabe que para el mundo religioso la Sagrada Comunión es un testimonio en favor de quien la recibe; y sin fe, sin amor, sin pensar siquiera lo que se hace, el hombre se hace hipócrita, aparenta virtud, se acerca al altar santo, recibe á Jesucristo. Aquella Comunión sacrilega es una moneda con que se quiere comprar un ídolo, ó el corazón de una criatura, ó un puesto elevado; es un documento de seguridad con que se quiere encubrir un crimen, ó desarmar á quien justamente se teme, ó engañar á aquel de quien algo se espera. La Comunión, para esta clase de hipócritas, no es un acto religioso; no es sino una especulación, un medio como otro cualquiera de llegar á un fin. Se rien de Dios, insultan á Jesucristo, se burlan de la Iglesia; no importa: lógrese el fin, alcáncese lo que se desea, no se pierda el nombre de cristiano, lo demás importa poco. Los efectos de la mala Comunión el mundo no los ve; y lo que conviene es engañar al mundo para estar bien con él. Jesucristo es una víctima, que el hipócrita sacrifica al mundo y á sus pasiones. ¿Es posible que exista una clase tal de hombres? Ha existido y existe, hermanos: la historia antigua y moderna ofrece ejemplos públicos y solemnes: en un orden más inferior se multiplican bastante. ¡Qué horror! ¿Qué es Dios, qué es Jesucristo, qué es su alma para esos hombres? Nada. Todo es nada menos sus pasiones, que son su Dios.

He dicho que esta hipocresía nace también del respeto humano ó de la vergüenza. Hay hombres que se avergüenzan de parecer cristianos en la sociedad del mundo, y se avergüenzan también de parecer mundanos

en la sociedad cristiana. Entre sus amigos ó compañeros, entre los jóvenes con quienes se unen en público, hacen alarde de impiedad, hablan con desprecio de la religion, se rien de las prácticas cristianas, satirizan á los que las observan; y esto muchas veces sintiendo en su corazon el aguijon del remordimiento. Esos jóvenes en el seno de la familia, ó en otro círculo, hablan y obran de otra manera tal vez; su corazon entonces se encuentra en su centro, porque no se han borrado aún de él las impresiones de una educacion cristiana, con que tratara de formarlos una madre toda piedad, toda virtud. Acuden al templo, aunque con ciertas precauciones, para no ser observados por sus compañeros de desórden: comulgan, se unen á Jesucristo; pero el qué dirán los amigos, les impide cambiar totalmente de conducta y vomitar el veneno de su alma en el Sacramento de la penitencia, y vuelven al camino de la perdicion, llevando aún á Jesucristo en su corazon. Un vicio vergonzoso, una pasion criminal se apodera del corazon: siéntese su peso, que oprime, se conoce su desórden; pero no se quiere hacer el esfuerzo supremo para salir de él, no se tiene valor para romper la cadena. El precepto de la confesion apremia: si descubre la conciencia y aparece el corazon en su verdadero estado, ¿qué concepto formará el confesor? Si se presentan las cosas en su verdad, la absolucion debe suspenderse, y se prohibirá la sagrada Comunion. Si no comulga, ¿qué dirán los que lo adviertan, qué dirá una madre vigilante y solícita, ó una esposa oprimida y buena; qué dirá el mismo mundo? Todos estos pensamientos turban al vicioso, al apasionado que no ha roto aún totalmente con la religion y con la Iglesia; y el respeto humano le vence, se presenta al confesor, calla por vergüenza y comulga en pecado, cuidando más del concepto de los hombres que del juicio de Dios. ¡Cuán frecuen-

te es este desórden! ¡Qué desprecio envuelve hácia Jesucristo!

¿Sabeis á dónde llega la malicia de esta hipocresía, de ese abuso de la Sagrada Eucaristía? Recordad el crimen de Judas: el mismo, mayor tal vez, es el del sacrilego. Judas, antes de consumir su traicion horrenda, trata con los príncipes de la Sinagoga. «¿Cuánto me dareis, les dice, si os entrego á Jesucristo? Treinta denarios, responden (1).» Judas acepta. Para él, treinta denarios valen más que Jesucristo. El sacrilego, que se precia de discípulo de Jesucristo, negocia también su infame traicion con el mundo y con sus pasiones. Le ofrecen un interés pecuniario, un placer carnal, la continuacion de una pasion, la satisfaccion de un apetito, y consiente en el sacrilegio. Para él todo vale más que Jesucristo.

Judas, despues de su inícuo trato, vuelve á la compañía de su maestro y se sienta á la mesa con los demás. Jesus, que ha anunciado ya su pasion, anuncia también quién es el traidor, dice el V. Beda, para infundirle remordimientos y darle lugar á la penitencia, sabiendo que estaban descubiertos para Jesucristo sus planes de iniquidad (2). No todos, dice, no todos los que estais conmigo sois puros de corazon: hay uno que me entregará á mis enemigos (3). Los Apóstoles, llenos de amargura, responden sucesivamente: ¿soy yo, Maestro? Judas tiene la hipócrita desfachatez de preguntárselo también, y el divino Salvador, para ver si la vergüenza mueve el

(1) Matth. XXVI, 15.

(2) Qui de passione prædixerat, et de prodicione prædicit, dans locum penitentiae, ut cum intellexisset sciri cogitationes suas, et occulta consilia, pœniteret sui facti. (Beda, Comment. in Luc., cap. 22.)

(3) Joann. XIII, 10.